

malos, al defensor de su libertad. Además, cuando hablaba en su casa, sus discursos, como los de un tribuno que se dirigiese á la multitud, estaban llenos de acusaciones contra el Senado. Así, pues, sin pararse á ver si decía ó no la verdad, pretendía: «Que los senadores habían ocultado el oro que se quitó á los galos; que no les bastaba poseer las tierras del Estado, que también distraían el dinero de la república; que si se encontraba aquel dinero, podrían pagarse las deudas del pueblo.» Esta esperanza sedujo á la multitud, indignada porque, después de haber dado todo su oro para rescatar la ciudad del poder de los galos, por una contribución que se impuso, el mismo oro, recobrado del enemigo, había venido á ser presa de algunos hombres. Estrechábanle para que dijese dónde estaba oculto aquel robo tan considerable; y como prometía revelar más adelante el secreto, en tiempo más favorable, en esto se fijó la atención, olvidando todo lo demás: era evidente que su influencia dependía de la verdad ó falsedad de esta afirmación.

Mientras permanecían en suspenso las cosas, el dictador, llamado del ejército, llegó á Roma; y habiendo reunido el Senado al día siguiente, cuando quedó bastante enterado de las intenciones de los hombres, prohibió á los senadores alejarse de él, y escoltado por la multitud, marchó al comicio, donde tenía puesta su silla, y desde allí envió al viator á M. Manlio. Llamado por esta orden del dictador, después de advertir á los suyos que iba á entablarse la lucha, acudió con numeroso séquito á presentarse ante el tribunal. De una parte el Senado, de la otra el pueblo, fija la vista en los jefes, se mantenían como dos ejércitos enemigos. Entonces el dictador, habiendo impuesto silencio, dijo: «¡Ojalá que yo y los patricios romanos pudiésemos ponernos de acuerdo en todo con el pueblo, como nos pondremos,

tengo casi seguridad de ello, sobre lo que te concierne y sobre lo que tengo que investigar de ti. Veo que has dado á la ciudad esperanza de que, sin daño del crédito, podrían pagarse las deudas con los tesoros galos escondidos por los patricios principales. Tan lejos estoy de oponerme á eso, M. Manlio, que por el contrario, te exhorto á que libres de la usura al pueblo romano y á que arranques de encima de su presa claudestina á esos malvados que, según dices, ocultan los tesoros públicos. Si no lo haces, sea porque tú mismo tengas parte en el botín, sea porque tu afirmación carezca de fundamento, mandaré que te lleven á la prisión y no consentiré por más tiempo que engañes á la multitud para sublevarla.» Manlio contestó: «que no se ha engañado; no se ha creado al dictador contra los volscos, tantas veces enemigos cuantas conviene al Senado; tampoco contra los latinos y hérnicos, á los que se impulsa á que tomen las armas acusándoles sin motivo, sino contra él y el pueblo romano. Prescindiendo ya de aquella guerra, que solamente es un pretexto, se arrojan sobre él; el dictador se presenta públicamente como el patrocinador de los usureros contra el pueblo; y para perderle, se le acusa como de un crimen por el favor que merece á la multitud; ¿Os ofende, á ti, A. Cornelio, y á vosotros, padres conscriptos, ver esta multitud agrupada á mi lado? ¿Por qué no la separáis de mí cada cual con sus beneficios, intercediendo, arrancando al látigo á vuestros concinadanos, impidiendo que por una condena sean adjudicados y esclavizados, empleando lo superfluo de vuestras riquezas en aliviar las necesidades de los demás? Mas ¿á qué he de exhortaros á que sacrifiqueis nada de lo vuestro? Contentaos con una cantidad fija, separad del capital los intereses amontonados por vuestra usura, y mi acompañamiento no tendrá más brillantez que el de cada uno de vosotros. Pero se me

pregunta por qué yo solo me ocupo de esta manera de de la suerte de los ciudadanos. Nada tengo que contestar, como si me preguntasen por qué, solo también, salvé la fortaleza y el Capitolio. Entonces, en cuanto pude, auxilié á los ciudadanos en masa; ahora ayudo á cada uno en particular. En cuanto á lo de los tesoros galos, este asunto tan sencillo por su propia naturaleza, queda embrollado por la pregunta. ¿Por qué preguntáis lo que sabéis? ¿Por qué me mandáis sacar lo que ocultáis bajo un pliegue de vuestra toga, en vez de mostrar vosotros mismos si hay ó no fraude en ello? Quanto más me estrechéis para que descubra vuestra destreza de manos, más temo que hayáis cerrado los ojos hasta á los más perspicaces. Así, pues, no soy yo quien ha de revelar vuestros robos; á vosotros os deben obligar á ponerlos de manifiesto. *Quisq; lo aris sup old*

El dictador le manda prescindir de ambages; le estrecha para que pruebe la verdad de su afirmación ó á confesar el crimen de que se había hecho culpable, acusando falsamente al Senado atribuyéndole imaginario latrocinio; y como Manlio declaraba que un capricho de sus enemigos no le haría hablar, el dictador manda que lo lleven á la prisión. Cogido por el viator, exclama: «¡Júpiter Optimo Máximo, Juno Reina, Minerva y todos los dioses y diosas que habitáis el Capitolio y la fortaleza! ¿así abandonáis á vuestro soldado, á vuestro defensor al odio de sus enemigos? Esta mano que arrojó á los galos de vuestro santuario, ¿será cargada de cadenas?» Ninguno de cuantos le veían ú oían dejaba de conmoverse ante aquella indignidad; pero la ciudad tenía como deber supremo la obediencia á la autoridad, y lejos de oponerse á aquel acto del dictador, los tribunos del pueblo y el pueblo mismo no se atrevían á levantar los ojos ni á desplegar los labios. Encerrado Manlio en la prisión, dícese que mucha parte del pueblo cambió

de traje; la mayor parte de los hombres se dejaron crecer el cabello y la barba, y por mucho tiempo pasó por delante de la prisión desolada y muchedumbre. El dictador triunfó de los volscos, y por su triunfo mereció más odio que gloria: «porque, decía murmurando el pueblo, en la ciudad y no en el ejército había vencido contra un ciudadano y no contra el enemigo; una sola cosa había faltado á su orgullo: llevar á Manlio delante de su carro.» Próxima á estallar estaba la sedición: para calmarla, el Senado, tornándose de pronto generoso, sin que nadie se lo pidiese y por impulso propio mandó inscribir para Sutrium una colonia de dos mil ciudadanos romanos, asignando á cada uno dos yugadas y media de tierras. Al ver aquel donativo tan módico y que alcanzaba á algunos solamente, pretendió el pueblo que era el premio con que se quería comprar el abandono de Manlio; el mismo remedio irritó la sedición; los amigos de Manlio ostentaron cada día más su luto y dolor de acusados, y la abdicación del dictador, que siguió á su triunfo, librando del terror, dejó expeditos los ánimos y las lenguas de todos. *Quisq; lo aris sup old*

Oíanse entonces algunas voces censurando al pueblo que su favor llevaba á sus defensores al borde del abismo y los abandonaba en cuanto aparecía el peligro. Así sucedió con Sp. Cassio, que llamaba al pueblo al repartimiento de tierras; así con Sp. Melio, que empleaba su caudal en salvar del hambre á los ciudadanos; así con M. Manlio, que sacaba á la luz y á la libertad una parte de la ciudad abrumada bajo la usura y le entregaban á sus enemigos. El pueblo engordaba á sus partidarios para que les degollasen. ¿Había merecido que se le tratase así por no haber contestado, siendo como era varón consular, á una indicación del dictador? Suponiendo que hubiese mentido antes y después no hubiese sabido qué contestar; ¿á qué esclavo se castigó

¿jainas con la prisión por una mentira? ¿No se recordó aquella noche que casi fue para el nombre romano última y eterna noche, ni del espectáculo del ejército gallo escalando la roca Tarpeya, ni de Manlio, en fin, tal como le vieron armado, cubierto de sudor y sangre, arrancando, por decirlo así, al mismo Júpiter de las manos del enemigo? ¿Creían acaso que algunos puñados de harina habían recompensado suficientemente al salvador de la patria? Y á aquel de quien han hecho casi un dios, y por el nombre al menos, igual á Júpiter Capitolino, ¿le dejarán encadenado en las tinieblas de un calabozo arrastrar una vida que dependerá del capricho de un verdugo? ¿Un solo hombre bastó para defenderles á todos, y todos juntos no servirán de nada á un solo hombre? Y ya ni siquiera de noche abandonaba la multitud aquel paraje, amenazando con derribar las puertas de la prisión, cuando concediéndole lo que por fuerza hubiese tomado, otorgóse por un *senatus-consulto* libertad á Manlio; lo cual, lejos de poner fin á la sedición, le dió jefe. En este mismo tiempo, habiendo venido los latinos y los hérnicos, los colonos de Circeya y de Velitres á justificarse de toda participación en la guerra de los volscos y á pedir sus prisioneros para castigarlos según sus leyes, dirigiéronles severas contestaciones, mas severas aún á los colonos, quienes, siendo ciudadanos romanos, habían formado el impropósito de atacar á la patria. No se contentaron con negarles sus prisioneros, sino que les impusieron una humillación, de que habían dispensado á los aliados; mandóseles por disposición del Senado que saliesen cuanto antes de la ciudad y que se alejasen de la presencia y la vista del pueblo romano, por temor de que no les protegiese el derecho de gentes, establecido para los extranjeros y no para los ciudadanos.

Recurdiendo la sedición de Manlio á fin de año, se

celebraron comicios y se creó tribunos militares con autoridad consular á los patricios Ser. Cornelio Maluginense por tercera vez, P. Valerio Potito por segunda, C. Papirio Crasso y T. Quincio Cincinnato por segunda. Al principiar este año no fué menos favorable para los patricios que para el pueblo la paz exterior; para el pueblo, porque no llamándole el servicio militar, concibió la esperanza, con el auxilio de su poderoso jefe, de destruir la usura; para los patricios, porque libre el ánimo de todo temor exterior, se lisonjearon de poder libertar al fin de todos sus males á la ciudad. Así, pues, los dos partidos se habían levantado con más ardor que nunca, preparándose Manlio también para próxima lucha. Llamado el pueblo á su casa, discute día y noche con los jefes sus proyectos de modificaciones, más dominado que nunca por el orgullo y la cólera. El ultraje que había sufrido, cuando tan poco acostumbrado estaba á experimentarlos, había exasperado su enojo; exaltábase su orgullo, porque el dictador no se había atrevido á tratarle como Quincio Cincinnato trató á Sp. Melio, y porque la indignación que promovió su encarcelamiento había obligado al dictador, no solamente á abdicar, sino mantenido en alarma al mismo Senado. Irritado y enorgullecido á la vez por todas estas cosas, excitó el ánimo ya tan caldeado de la multitud: «¿Hasta cuándo ignoraréis vuestra fuerza, cuando los mismos brutos tienen instinto de la suya? Contad al menos cuántos sois y cuántos enemigos tenéis. Aunque fueseis en esta lucha uno contra uno, creo que combatiríais con más ardor por la libertad que aquéllos por la dominación. Pero así como antes erais muchos clientes en torno de un solo patrón, así seréis ahora muchos contra un solo enemigo. Mostrad solamente la guerra y conseguiréis la paz. Que os vean dispuestos á sostener vuestro derecho, y por sí mismos los reconocerán. Necesario

es atreverse á algo todos juntos, ó que cada uno en particular soporte todas las afrentas. ¿Por qué tenéis siempre la vista fija en mí? Cierto es que no faltará á ninguno de vosotros; vosotros vigilad para que la fortuna no me falte á mí. Yo, vuestro vengador, en cuanto quisieron mis enemigos personales quedé en seguida anulado, y todos reunidos visteis friamente llevar á las prisiones al que había separado las cadenas de vuestras manos. ¿Qué puedo esperar si mis enemigos se atreven á más contra mí? ¿Acaso la suerte de Cassio y de Melio? Bien hacéis en rechazar el presagio; los dioses lo impedirán, pero por mí jamás bajarán del cielo. Necesario será que os inspiren entonces valor para impedirlo, como á mí me dieron con las armas y la toga valor para defenderos contra enemigos bárbaros y orgullosos conciudadanos. ¿Tan poco ánimo tiene este gran pueblo que le basta siempre tener un recurso contra sus enemigos y jamás se atreve á combatir á los patricios sino para fijar los límites del imperio que han de tener sobre él? En esto no os inspira la naturaleza, sino que os domina la costumbre. ¿Por qué mostráis tanto valor contra el extranjero, que os parece justo tener imperio sobre él? Porque estáis acostumbrados á luchar con él por el imperio, y contra éstos á ensayar más bien que á defender vuestra libertad. Sin embargo, cualesquiera que hayan sido vuestros jefes, como quiera que hayáis sido vosotros mismos, todo lo que habéis perdido hasta ahora, por importante que fuese, lo habéis conseguido por la fuerza ó la fortuna: tiempo es ya de que aspiréis á mayores conquistas. Procurad solamente poner á prueba vuestra fortuna y á mí mismo, de quien creo habéis hecho un ensayo bastante feliz: menos trabajo os costará imponer un amo á los patricios, que os ha costado imponerles hombres que les resistían cuando eran los dueños. Es necesario arrojar por tierra dictadu-

ras y consulados para que el pueblo romano pueda levantar la cabeza. En fin, vosotros impedid que se persiga á los deudores. Yo me proclamo patrono del pueblo; mi celo y mi fidelidad me dan este título: si vosotros dais á vuestro jefe un título que sea la señal de su poder ó de un honor más grande, tened presente que le haréis más poderoso para conseguir lo que deseáis. Dícese que desde este día empezó á aspirar á la realeza; pero la tradición no muestra claramente quién le ayudó ni hasta dónde llegó. *¶ Sin embargo según la tradición*  
 El Senado trató de aquella reunión del pueblo en una casa particular, situada casualmente en la fortaleza, posición amenazadora para la libertad. El mayor número de senadores exclama: «Que se necesitaría un Servilio Ahala, que sin hacer llevar á las prisiones á un enemigo público, á quien esta medida irritaría más, supiese terminar con la muerte de uno solo aquella guerra intestina.» La decisión que se adoptó, más suave en la forma, tenía la misma fuerza: «Cuidarán los magistrados de que los perniciosos proyectos de M. Manlio no hagan experimentar detrimento á la república.» Entonces, los tribunos que tenían autoridad de cónsules, y los mismos tribunos del pueblo, que habían comprendido que su autoridad terminaría con la libertad de todos y se habían puesto de parte del Senado, se concertaron acerca de la determinación que debía tomarse. Como no se imaginaba otro medio que la violencia y la muerte, y se preveía un conflicto terrible, M. Menio y Q. Publilio, tribunos del pueblo, tomaron la palabra: «Por qué, dicen, hemos de hacer una guerra de los patricios contra el pueblo lo que no pasa de ser lucha de la ciudad contra un ciudadano que quiere su pérdida? ¿Por qué atacar al pueblo por ese hombre, cuando es mucho más seguro atacarle por el pueblo mismo para que sucumba abrumado por sus propias fuerzas? Pensámos

demandarle: nada hay más impopular que la realeza. En cuanto haya comprendido la multitud que no es á ella á la que se ataca, que los defensores se convertirán en jueces, que aparecerán acusadores plebeyos, que verán un patricio acusado y el crimen de realeza en medio, entonces nada habrá que prefiera á la libertad.

Habiendo aprobado todos este plan, citan á Manlio. El pueblo se conmovió al pronto, viendo al acusado cubierto de harapos y ni un senador á su lado, ni siquiera parientes ó afines, en fin, ni sus hermanos A. y T. Manlio; abandono sin precedentes, porque en circunstancias tan graves, jamás habían dejado los parientes del acusado de cambiar también de traje. Cuando fué encarcelado Apio Claudio, C. Claudio, su enemigo personal, y toda la familia Claudia vistieron trajes de luto. Poníanse de acuerdo ahora para perseguir á un hombre popular, porque era el primer patricio que había pasado al pueblo. El día designado, los acusadores, además de las reuniones del pueblo, los discursos sediciosos, las generosidades y la calumnia del tesoro escondido debieron presentar contra el acusado cargos relacionados directamente con la tentativa criminal de la realeza. En ningún autor los encuentro; sin embargo, tuvieron que ser bastante graves, puesto que la vacilación del pueblo dependió, no de la causa, sino del sitio. Nótese aquí, para la instrucción de los hombres, cómo la vergonzosa pasión de reinar hace á las veces, no solamente estériles, sino odiosas las acciones más nobles. Dícese que Manlio presentó más de cuatrocientos ciudadanos, cuyas deudas había pagado sin interés de ninguna clase, impidiendo que se vendieran sus bienes ó se adjudicasen sus personas. Después de esto, no limitándose á recordar los honores que había recibido en la guerra, adujo brillantes pruebas: los despojos de treinta enemigos muertos por él y cuarenta recompensas re-

cibidas de sus generales, entre las que se destacaban dos coronas murales y ocho cívicas. (1). Presentó además los ciudadanos que había salvado del poder del enemigo, entre otros C. Servilio, jefe de los caballeros, que se encontraba ausente, y á quien nombró. Añádesse que después de recordar sus hazañas en lenguaje digno del asunto, hablando lo mismo que había obrado, se desnudó el pecho cubierto de nobles cicatrices; que con-

(1) Había muchas clases de coronas militares. Las más honorables, eran las llamadas triunfales, obsidionales, cívicas, murales, castrales y navales. Citase también la corona oval; la última de todas es la de olivo, que se daba á los que, sin haberse encontrado en el combate, procuraban el triunfo al vencedor.

Las coronas triunfales eran de oro y se daban á los generales para que se adornasen el día del triunfo; á esto se daba el nombre de *aurum coronarium*. En los primeros tiempos eran de laurel, después las hicieron de oro.

La corona obsidional era la que ofrecían los sitiados al general que los libertaba. Esta era de musgo recogido en el paraje donde estaban encerrados los sitiados.

Llamábase corona cívica la que recibía como testimonio de gratitud el ciudadano de mano de otro ciudadano á quien salvaba la vida en el combate. Esta era de hojas de encina.

Corona mural era la que concedía un general al primero que se presentaba para subir al asalto y escalaba las murallas de una plaza enemiga; por esta razón se la adornaba con almenas.

Llamábase castral la que el general daba á los soldados que penetraban primero combatiendo en el campamento enemigo. Esta tenía adornos en forma de atrincheramientos.

La corona naval se daba al que en combate marítimo se lanzaba al primero armado sobre nave enemiga. Esta estaba adornada de proas.

Las coronas mural, castral y naval eran de oro. La oval, de mirto; con ésta se adornaban los generales que entraban en la ciudad con los honores de la ovación.

Dice Plinio que Manlio antes de cumplir diez y siete años había arrancado dos despojos, y que fué el primer jineta á quien se dió la corona mural; que obtuvo seis coronas cívicas y treinta y siete recompensas militares; que recibió veintitrés heridas de frente y salvó á P. Servilio, jefe de los caballeros, aunque herido él mismo en un hombro y un muslo.

seguida, vueltos los ojos al Capitolio, pidió á Júpiter y á los otros dioses que le socorriesen en su infortunio, y que en su desgracia, inspirasen al pueblo romano los sentimientos con que le animaron para la defensa del Capitolio y del mismo pueblo romano; que, en fin, rogó á los jueces, juntos y separadamente, que contemplasen el Capitolio y la fortaleza, y se volbiesen hacia los dioses inmortales al pronunciar la sentencia. Como el pueblo se reunía en el Campo de Marte para los comicios por centurias, y el acusado, tendidas las manos hacia el Capitolio, había dejado de rogar á los hombres para suplicar á los dioses, juzgaron los tribunos que si no separaban la vista de los ciudadanos del recuerdo de tantas glorias, en sus ánimos preocupados con los beneficios de Manlio no penetraría jamás el convencimiento de su crimen; prorrogóse, por tanto, el juicio y se convocó al pueblo al bosque sagrado de Petelia, fuera de la puerta Nomentana, desde donde no podía verse el Capitolio. Allí prevaleció la acusación, y aquellos hombres inflexibles pronunciaron una sentencia fatal y odiosa á los mismos jueces. Dicen algunos que fué condenado por decenviros establecidos para juzgar los crímenes contra el Estado. Los tribunos le precipitaron de la roca Tarpeya, y el mismo paraje fué para el mismo hombre monumento de gloria insigne y terrible castigo. Después de su muerte fué infamado dos veces: una por la república, porque como su casa se encontraba en el punto donde hoy se alza el templo de Moneta, el pueblo decretó que ningún patricio habitase en lo sucesivo en la fortaleza ó en el Capitolio; la otra por su familia, porque los Manlios acordaron que en adelante ningún individuo de esta familia pudiese llamarse M. Manlio. Así terminó aquel hombre, que de no haber nacido en una ciudad libre habría sido digno de memoria. El pueblo, no teniendo ya nada que temer de él, no recor-

dó más que sus buenas cualidades y le deploró; y habiendo sobrevenido una peste poco después, aquella triste calamidad, cuyas causas eran desconocidas, pareció á la mayor parte consecuencia del suplicio de Manlio. Se había violado el Capitolio con la sangre de su libertador, y los dioses habían soportado á disgusto que se inmolasen á su vista, por decirlo así, al hombre que había arrancado sus templos de las manos de los enemigos. A la peste siguió la escasez, y sabiéndose estos males, al año siguiente estallaron muchas guerras á la vez. Eran entonces tribunos militares con autoridad de consules L. Valerio por cuarta vez, A. Manlio por tercera, Ser. Sulpicio por tercera, L. Lucrecio, L. Emilio por tercera y M. Trebonio. Además de los volscos, que parecían criados por la suerte para ejercitar eternamente al soldado romano; además de las colonias de Circeya y de Velitres, que desde mucho antes preparaban su defección, y el Lacio, con el que no podía contarse, nuevos enemigos, los mismos lanuvios, pueblo tan fiel hasta entonces, surgieron de repente. Persuadidos los senadores de que tanta audacia dependía de que habían dejado por mucho tiempo impune la traición de sus conejudanos los veliternos, decretaron que á la primera ocasión se propondría al pueblo se les declarase la guerra. Para prepararle mejor para esta campaña, creáronse quinqueviros para la repartición de las tierras del Pontino, y triunviros para el establecimiento de una colonia en Nepetes. Entonces se propuso al pueblo que ordenase la guerra, y contra la opinión de los tribunos del pueblo, todas las tribus la ordenaron. En este año se hicieron los preparativos, pero la peste impidió la marcha del ejército. Esta detención dió tiempo á los colonos para suplicar al Senado, y mucha parte de los habitantes hubiese apoyado el envío de una

humilde legación á Roma; si el temor de algunos particulares no hubiese, como siempre, puesto obstáculo al interés público. Los autores de la defección, temiendo se les hiciese responsables del crimen, y que en castigo se les entregase á la indignación de los romanos, separaron á los colonos de las medidas de conciliación, y no contentos con oponerse en el Senado al envío de legados, arrastraron á mucha parte del pueblo para que devastase el territorio de Roma; nuevo ultraje que quitaba toda esperanza de paz. Por primera vez corrió también este año el rumor de la defección de los prenestinos, quienes aliándose con los volscos marcharon al siguiente sobre Sutrium, colonia del pueblo romano, y á pesar del tesón con que la defendieron los colonos, la tomaron por asalto y abusaron horriblemente de la victoria. Indignados con esta conducta, los romanos elevaron tribuno militar por séptima vez á M. Furio Camilo, dándole por colegas á A. y L. Postumio Regilo y á L. Furio con L. Lucrecio y M. Fabio Ambusto. Designóse extraordinariamente á M. Furio la guerra con los volscos, eligiendo la suerte para ayudarle al tribuno L. Furio, circunstancia menos afortunada para la república que para Camilo, á quien esta elección dió margen para aumentar su gloria, porque restableció, como general, el negocio casi perdido por su colega, y como particular, antes procuró adherirselo por esta falta que hacer de ella título de gloria. Econtrándose muy avanzado en edad, dispuesto estaba Camilo á prestar en los comicios el juramento acostumbrado por exención de salud; el pueblo no quiso consentirlo; viril ánimo vivificaba aún aquel robusto pecho; sus sentidos estaban íntegros; y si el cuidado de los asuntos civiles comenzaba á fatigarle, la guerra le reanimaba. Después de levantar cuatro legiones de cuatro mil hombres cada una, convocó al ejército para la mañana siguiente en la puerta Es-

quilina, y marchó hacia Sutrium. Confiando en el número de sus tropas, los vencedores de la colonia le esperaban sin miedo ninguno; y á la noticia de la llegada de los romanos, avanzan en seguida en batalla, queriendo trabar en el acto el combate decisivo, con objeto de esterilizar la habilidad de su jefe único, que era el mejor apoyo de los contrarios.

Idéntico ardor animaba al ejército romano y al otro jefe, no reteniendo el resultado de aquella lucha inminente más que la prudencia y el imperio de un solo hombre, que prolongando la guerra procuraba auxiliar las fuerzas con la razón. La audacia del enemigo iba en aumento; ya no se contentaba con desplegar sus líneas delante de su campamento, sino que avanzaba en medio de la llanura y llevaba sus enseñas casi al pie de las empalizadas enemigas, mostrando orgullosa confianza en sus fuerzas. El soldado romano soportaba con dificultad estas manifestaciones, y con mayor dificultad aún las soportaba el otro tribuno, L. Furio, quien vehementemente por carácter y por la edad, se exaltaba más por las esperanzas de la multitud y la inseguridad misma del éxito. Este tribuno excitaba más y más la irritación de los soldados; atacando en el único punto posible, esto es, en la edad, la autoridad de su colega; diciendo con frecuencia: «La guerra es para los jóvenes; el valor florece y desmaya con el cuerpo; el guerrero más activo pasa á ser contemporizador; y el mismo general que acostumbraba á tomar á la llegada campamentos y ciudades al primer choque, aletargado ahora perdía el tiempo detrás de las empalizadas. ¿Qué esperaba con esto? ¿aumentar sus fuerzas ó disminuir las del enemigo? ¿Qué ocasión, qué momento, qué paraje pedía para disponer emboscadas? Aquellos eran claramente proyectos lánguidos y fríos de un anciano. Camilo tenía ya saciedad de vida y de honores; convenía

dejar envejecer con su cuerpo mortal las fuerzas de una ciudad que debía ser inmortal?» Estos discursos le habían ganado el ejército entero; y como por todas partes pedían combatir, «M. Furio, no podemos, dijo, contener el ardor del soldado; y el enemigo, cuya audacia hemos aumentado con nuestras lentitudes, nos insulta con intolerable desprecio. Solo contra todos, consiente en ceder, déjate vencer en el consejo y así serás más pronto vencedor en el combate.» A esto contestó Camilo, que «jamás, hasta aquel día, en las guerras dirigidas bajo sus auspicios únicamente, ni él ni el pueblo romano habían tenido que quejarse de sus planes ni de la fortuna: hoy sabe que tiene un colega que le iguala en autoridad y que le supera en el vigor de la edad. En cuanto al ejército, acostumbra á mandarle y á no ser mandado por él; pero no puede oponerse á la voluntad de su colega. Que haga, pues, con el auxilio de los dioses lo que crea conveniente á la república. Por su parte pide, como gracia debida á su edad, no ocupar la primera fila, aunque está dispuesto á llenar todos los deberes de un anciano en la guerra. La única plegaria que dirige á los dioses inmortales es que no justifique un revés la prudencia de su consejo.» Pero ni los hombres escucharon tan saludable advertencia, ni los dioses tan piadosa súplica. El que quería el combate ordena en batalla la primera fila; Camilo refuerza la reserva, coloca delante del campamento fuerte guardia, y desde una altura observa como espectador atento el resultado de una lucha que otro ha aconsejado.

Apenas había resonado el primer choque de las armas, el enemigo retrocede, no por temor, sino por astucia. A su espalda, entre su línea el campamento tenía una colina de suave pendiente, y gracias al número de sus tropas, había podido dejar en el campamento algunas valientes cohortes, armadas y dispuestas, que una

vez trabada la lucha, al acercarse el enemigo al campamento debían caer sobre él. Persiguiendo el romano en desorden al enemigo, que retrocede, se deja arrastrar á una posición desventajosa, y favorece de esta manera la salida de la reserva. Entonces surge el miedo entre los vencedores; la presencia del segundo enemigo y la pendiente del terreno hacen ceder al ejército romano. Estréchanle las tropas de refresco de los volscos, y las que fingían huir comienzan de nuevo el combate. Ya no se retiraba el soldado romano, sino que olvidando su ardor reciente y su antigua gloria, había vuelto la espalda, huía á la carrera y volvía derrotado al campamento. Entonces Camilo, colocado sobre un caballo por los que le rodeaban, se lanza hacia ellos y les opone su cuerpo de reserva: «¿Ese es el combate que pediais, soldados? dice: ¿á qué dios ó á qué hombre podéis acusar? ¡Culpa vuestra es! ¡Imprudentes antes y ahora cobardes! Después de haber seguido á otro jefe, seguid ahora á Camilo; y, como siempre, bajo mi dirección sabed vencer. ¿Por qué miráis las empalizadas del campamento? Ni uno de vosotros entrará si no es vencedor.» La vergüenza les detuvo primero en la fuga; después, viendo avanzar las enseñas, volver el ejército contra el enemigo, y su jefe, tan famoso por tantas victorias y tan venerable por su edad, lanzarse á las primeras filas, donde eran más recios el trabajo y el peligro, dirígenle mutuas reconvenções, y se animan unos á otros con alegres gritos que recorren todas las líneas. Tampoco falta á su deber el tribuno: enviándole á la caballería su colega, que rehacía los peones, no la reconviene (habiendo participado de su fuga, no tenía autoridad para censurarla); pero cambiando el tono de mando por el de súplica, ruega á cada jinete y á todos juntos «que le salven del oprobio de aquel día, cuyas responsabilidades caerán sobre él. A pesar de la nega-



itiva, de la prohibición de mi colega, he preferido asociarme á la temeridad de todos antes que á la prudencia de uno solo. Sea el que quiera el resultado, para Camilo será glorioso; yo, si el combate no se restablece (lo que sería terrible desgracia), además de mi participación en el infortunio general, sufriré toda la vergüenza. Parecióles conveniente, en medio de aquellas líneas movibles, dejar los caballos y atacar á pie al enemigo, y tan notables por su valor como por su armadura, acudieron adonde ven en mayor apuro á los peones. Ni el ánimo de los jefes ni el de los soldados desmaya un momento en aquella lucha decisiva, y el éxito corresponde á tan valeroso esfuerzo; en completa derrota recorren los volscos el mismo camino que recorrieron en fingida fuga, pereciendo gran número en el combate y en la huida, y muchos también en el campamento, que fué tomado en el mismo ataque, habiendo, sin embargo, más prisioneros que muertos.

Como al reconocer á los prisioneros se encontraron muchos tusculanos, los separaron de los demás y los llevaron á los tribunales, declarando, al ser interrogados, que habían tomado las armas por consentimiento de su nación. Movido Camilo á temor por la proximidad de este enemigo, dijo: Que él mismo iba á llevar en seguida aquellos prisioneros á Roma, para que el Senado se enterase de que los tusculanos se habían separado de su alianza. Entre tanto tendría el mando del ejército y el campamento su colega solo, si consentía en ello. Un solo día enseñó á éste á posponer su opinión á mejor consejo; sin embargo, ni él ni nadie en el ejército podía suponer que Camilo fuese muy indulgente con una falta que había puesto en tan grave peligro á la república, porque era opinión general, tanto en Roma como en el ejército, que en el combate con los volscos el fracaso y la derrota debían imputarse á L. Furio y á

M. Furio todo el honor de la victoria. Presentados al Senado los prisioneros, decretóse la guerra contra los tusculanos y que se encargase de ella Camilo; pidió éste que se le diese un coadjutor para la empresa, y autorizado para elegir entre sus colegas, contra lo que todos esperaban eligió á L. Furio; con cuya moderación, al mismo tiempo que disminuía la vergüenza de su colega aumentaba inmensamente su gloria. No tuvieron que guerrear con los tusculanos, quienes con porfiada paz desvanecieron la venganza de Roma, cosa que no hubiesen podido conseguir con las armas. Cuando vieron á los romanos invadir su territorio, no abandonaron los parajes inmediatos al camino y no cesaron de cultivar sus campos; abiertas las puertas de la ciudad, multitud de habitantes con toga salieron á recibir á los generales; de la ciudad y de los campos llevaron víveres para el ejército. Camilo estableció su campamento delante de las puertas. Deseando saber si en la ciudad existían iguales apariencias de paz que en los campos, entró en ella, encontrando las casas y las tiendas abiertas, todas las mercancías expuestas y extendidas como de ordinario, y los obreros ocupados en su trabajo; oíase en las escuelas la voz de los niños que aprendían sus lecciones; el pueblo llenaba las calles, especialmente niños y mujeres que iban de una parte á otra, según sus costumbres ó sus negocios; en ningún paraje se observaba nada que revelase temor ni siquiera asombro. Contemplábalo todo en derredor, buscando con la vista algún sintoma guerrero, pero no observó ni el menor indicio de objeto quitado de su sitio habitual ó puesto á la vista intencionalmente, sino tan constante y tranquila paz por todas partes, que podía creerse que no había llegado hasta allí ni leve rumor de guerra. Vencido por la paciencia de los enemigos, manda convocar el Senado. «Hasta ahora», dijo, «habéis osido los

inimicos, oh tusculanos! que habeis encontrado las verdaderas armas, las verdaderas fuerzas para defenderos contra la cólera de Roma. Id al Senado romano, y los senadores juzgarán que habeis merecido más, si el castigo antes ó el perdón ahora, por mi parte no puedo prevenir un favor que debe ser un beneficio público; bastante es que os dejelibertad para pedirlo; el Senado acogerá como crea conveniente vuestra súplica. Los tusculanos acudieron á Roma, y cuando se vió llegar tristemente al vestibulo de la Curia al Senado de un pueblo en otro tiempo fiel aliado, los senadores romanos se enternecieron y les hicieron llamar con palabras hospitalarias antes que hostiles. El dictador tuseulano habló de esta manera: «Nos habeis declarado y llevado la guerra, padres conscriptos, y así como nos habeis visto presentarnos hoy en el vestibulo de vuestra Curia, de la misma manera con iguales armas y aparato hemos salido al encuentro de vuestros generales y de vuestras legiones. Esta es y será siempre nuestra conducta y la de nuestro pueblo, á menos que algún día no recibamos armas de vosotros y para vosotros. Damós gracias á vuestros generales y á vuestros ejércitos porque han creído á sus ojos más que á sus oídos, y porque donde nada hostil han encontrado, no han cometido hostilidades. Imploramos de vosotros la paz que hemos observado, y os rogamos que llevéis la guerra allí donde os la hacen. Si necesitáis experimentar dolorosamente lo que pueden vuestras armas sobre nosotros, lo soportaremos desarmados. Este es nuestro propósito: plegue á los dioses inmortales que nos sea tan provechoso como es sincero! En cuanto á las ofensas que os han movido á declararnos la guerra, sin contradecir con palabras lo que está refutado por hechos, creemos, sin embargo, que, aun siendo ciertos, el reconocimiento por nuestra parte de esos hechos, des-

pués de nuestro público arrepentimiento, no nos seria peligroso. Se os puede ultrajar mientras seáis dignos de tales satisfacciones.» Este fué, sobre poco más ó menos, el lenguaje de los tusculanos, que obtuvieron primero la paz, y poco después el derecho de ciudadanía. Las legiones regresaron de Túsculum. Camilo, que tanto se había distinguido por su prudencia y valor en la guerra contra los volscos, por su fortuna en la expedición de Túsculum, y en una y otra por su paciencia y extraordinaria lenidad con su colega, salió de la magistratura. Creóse tribunos militares para el año siguiente á L. y P. Valerio, Lucio por quinta vez y Publio por tercera, C. Sergio también por tercera, L. Menenio por segunda, Sp. Papirio y Ser. Cornelio Maluginense. Eran necesarios también censores este año, á causa de algunos vagos rumores que corrían acerca de las deudas, cargo cuya odiosidad exageraban los tribunos del pueblo, y desvirtuado por otra parte por los que tenían interés en atribuir el apuro de los deudores antes á mala fe que al estado de su fortuna. Nombráronse censores á C. Sulpicio Camerino y á Sp. Postumio Regilense. Ya habían entrado en funciones, cuando la muerte de Postumio, cuyo reemplazo impedían las preocupaciones religiosas, interrumpió los trabajos. Por consecuencia de esto, Sulpicio abdicó su magistratura y se crearon otros censores, pero un vicio en la elección les impidió ejercer el cargo, no atreviéndose á elegir por tercera vez, porque parecía que no apurarian los dioses aquel año la censura. Decían los tribunos que aquello era verdadera irrisión: «El Senado retrocede ante esas tablas públicas que pondrían de manifiesto el censo de cada uno; no quiere dejar ver esa masa de deudas, que demostraria que una parte de los ciudadanos devora la otra, y entre tanto el pueblo, agobiado de deudas, se encuentra á merced de todos sus